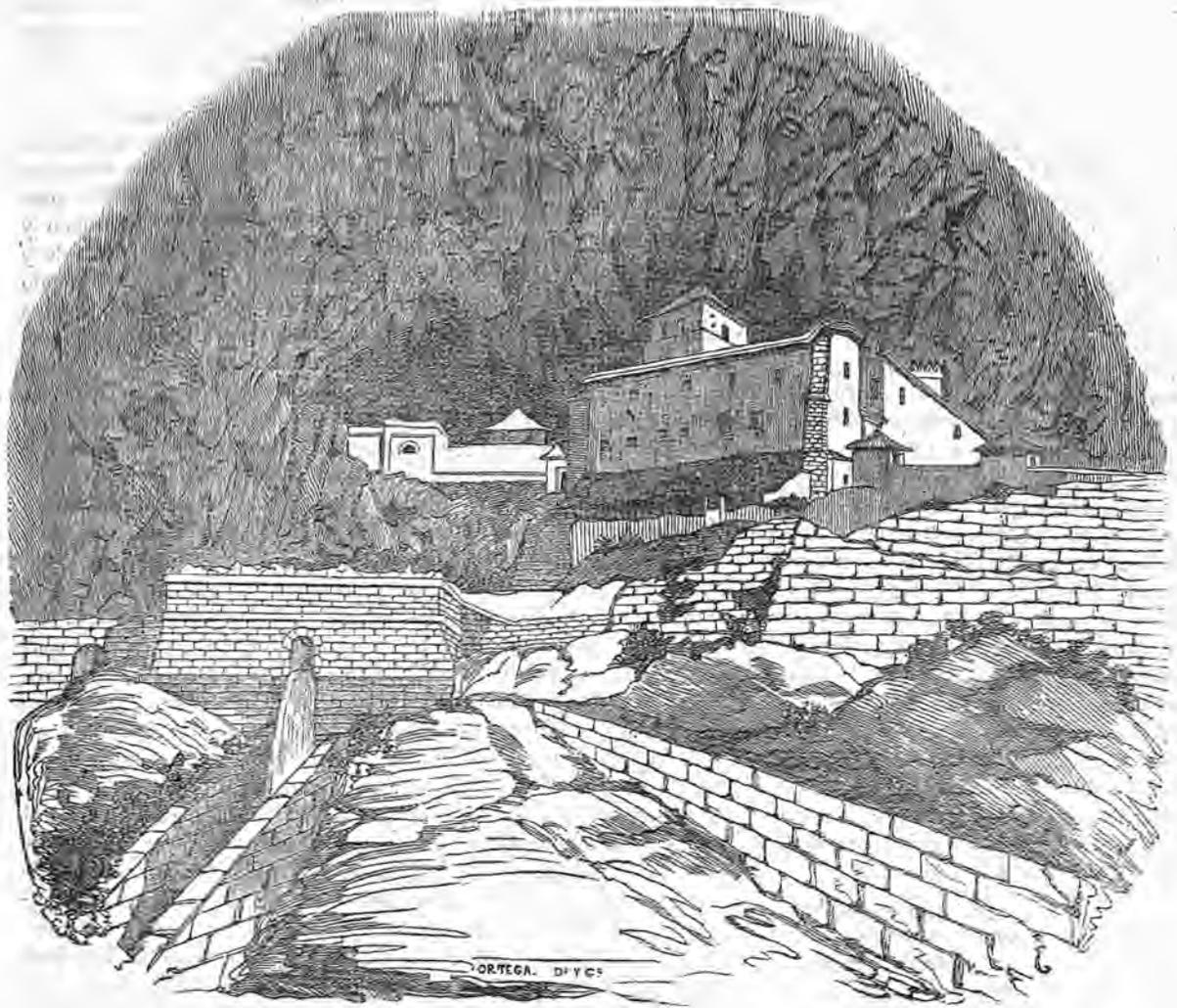


ESPAÑA PINTORESCA.



COVADONGA.



AMINANDO desde Cangas de Onís hácia el oriente por un valle que baña un río bastante caudaloso, se llega al pueblo de Soto, y allí á la confluencia de un arroyo precipitado que baja del mediodía. Subiendo entonces en direccion de este torrente, por un camino que siempre vá á su lado, se llega andada media legua por un valle profundo y cada vez mas estrecho, al pueblo de la Riera. Allí se hace ya notable la angostura, y se elevan de un modo mas imponente ambas laderas, á medida que el viajero se aproxima á la gran cordillera, que en direccion de Este á Oeste divide las provincias de Leon y Asturias. De esta son estribos perpendiculares los que surca el torrente que sirve de guía, y que nace al pie de la roca de Covadonga.

Segunda serie. — Tomo III.

Yo llegué de noche á la Riera, y continué mi viaje hácia el santuario, distante media legua, para dormir en la posada que tiene un cantor de aquella iglesia á la vista misma de la celebrada cueva. La luz de la luna aumenta el asombro que allí presenta la naturaleza, y el ruido del torrente acompaña bien á la imaginacion, ó por mejor decir la exalta, á meditar sobre los hombres y sucesos que allí figuraron. Todo pasó, y solo quedan las rocas y elevadas hayas que por oscuro se destacaban contra el cielo á la luz del astro de la noche. En ellas se me presentó un objeto de comparacion que hace resaltar la fragilidad y vida transitoria de los hombres, y su soledad descuidada, y agreste revela la ingratitud con que se pagan los sacrificios mas grandes. Anhelaba llegar á la roca, primer baluarte en que se de-

7 de marzo de 1841.

fendió nuestra independencia en la guerra mas justa y obstinada que han sostenido los hombres, y anhelaba tambien ver el monumento con que quiso perpetuar la memoria de aquel sitio un monarca venerable: lo demás me parecia poco digno de verse. Habrá mentido la superstición, y exagerado la historia, pero no debe llevarse el escepticismo hasta el extremo de negar su ascenso a la tradición y los escritos que refieren hechos verosímiles y aun comprobados, cuando se los desuade de accidentes maravillosos. Mientras se adula bajamente á los contemporáneos, enconando virtudes y hechos comunes, no es justo disfrazar el olvido ó la ignorancia de lo pasado con la afertación de un criterio severo.

Se acaba por fin la angostura, y pasado un puente, se vé á la derecha la famosa roca, hallándose el viajero algo desahogado en un espacio que por todas partes cierra la montaña. A la izquierda está la cima, de donde, segun las leyendas, se desprendieron las rocas que sepultaron millares de árabes, aumentando la confusión y estragos del combate sostenido por los españoles con tanto denuesdo. En el camino que vá desde el puente hacia la cueva, está la posada desde cuyo corredor se sacó el grabado que vá á la cabeza; algo separadas á la izquierda varias casas de dependientes de la iglesia, y sobre un cerro de la derecha las habitaciones de los canónigos. Siguiendo el camino, empieza á subirse por un terraplen que despues de varias vueltas conduce á la entrada del edificio que está junto á la roca, llamado *casa de las novenas*. A la derecha de su entrada se conserva aun el gran covetizo donde se labra la piedra para la construcción del nuevo templo y sepulcro de Pelayo, del cual solo se liza el basamento que aparece dibujado en primer término. La casa de las novenas tiene un patio nada notable, y el pequeño templo en que hoy se venera la Virgen de Covadonga: en el claustro del patio hay sepulcros de abades. Desde esta casa y entrada de la iglesia arranca una escalera de piedra bastante desahogada, por donde se sube á la cueva. Puesta en ella el viajero, y asomado á su antepecho de tabla, tiene á la derecha una pequeñísima capilla, y á la izquierda un tejadillo que abriga el llamado sepulcro de Pelayo. En la capillita hay una imágen de la Virgen, que se dice muy antigua, pero que no lo parece por su color y ropage: en su pared de la derecha, hay embutida una piedra con la inscripción siguiente:

AQUI YACE EL CATOLICO Y SANTO REY DON ALONSO EL PRIMERO
Y SU MUJER DONA ERME NISENDA HERMANA DE DON FAVILA A QUEN SUZVEDIO GANO ESTE REY MUCHAS VICTORIAS A LOS MOROS FALLECIO EN CANGAS AÑO DE 757.

Bajo el tejadillo de la izquierda está una pared de mampostería, que cierra una de las cavidades informes de la gruta, y en la cual se reservan dos trozos piramidales de piedra, que cubiertos de humedad y vegetación, se llaman cajas en que se conservan los restos de Pelayo y Hermesinde. Se ven por una rotura de la pared al través de una reja grande de hierro clavada en ella; sobre esta hay una piedra que dice:

AQUI YACE EL S. REY DON PELAYO ELLETO EL AÑO DE 716 QUE EN ESTA MILAGROSA CURSA GOMENZO LA RESTAURACION DE ESPAÑA HERRIDOS LOS MOROS FALLECIO AÑO 737 Y ACOPAÑA SS MYSER Y EVVAKA.

La cueva, absolutamente irregular, tiene su piso muy

inclinado hacia afuera, y se nivela en parte con tablas. Su altura es muy varia, y disminuye hacia el fondo, pudiendo decirse tendrá unos diez pies término medio, y su anchura será de unos treinta, pero varia tambien. Hay en su interior y extremos varias cavidades, algunas muy profundas, por las que se oye el ruido de las aguas que filtrando la roca, forman á su pie el pequeño pozo de donde sale uno de los dos brazos que forman el torrente, y que antes de unirse al otro, atraviesa el interior del nuevo basamento, cayendo al salir en forma de hermosa cascada. Desde el antepecho de la cueva hasta la superficie del agua del pozo, que está verticalmente debajo hay noventa pies de altura: desde el techo de la cueva hasta lo alto del peñasco en cuyo frente se halla socabada, habrá mas de trescientos todavía.

El terreno es fragoso y de un aspecto imponente por la dimension gigantesca de sus laderas y peñascos: abunda sin embargo la vegetacion, y esto le ameniza de un modo grato. Dejando el profundo teatro de la famosa batalla para subir hacia la cumbre de la sierra principal, es penoso y desusado el camino. Antes de llegar á la cima, distante y elevada de los picos de Europa, que tal vez son el punto culminante de toda la cordillera, se encuentran bosques de antiguas layas, pastos abundantes y frecuentados, y el hermoso lago de Nol, digno todo de la musa de un Virgilio. Desde el alto vértice de aquellas rocas piramidales, en que anidan las águilas, se descubre al Sur la gran llanura de Castilla, y aun aseguran los pastores que se divisan al anochecer por oscuro las cimas occidentales de la cordillera de Guadarrama; al Este y Oeste hay un laberinto de cumbrés y barrancos: al Norte se estiende el inmenso Océano, cerrado de un modo triste aquella gran escena, una de las mas variadas y magnificas que presenta la naturaleza.

Subí hacia la sierra en compañía del Sr. Pericon, canónigo penitenciario de aquella colegiata, y en el camino me refirió como hombre bien instruido y muy complaciente, algunas noticias relativas á la iglesia y corporacion de que era individuo, y aun me las dió despues escritas con copia de varios documentos interesantes. La parte mas curiosa y detallada de su narracion misma es la siguiente:

La colegiata de Covadonga, fundada por D. Alonso el primero, fue mucho tiempo monasterio de regulares. Comúnmente se dice que dicho monasterio fue de Benedictinos, y á ello dió ocasion en mi concepto la escritura de fundacion. A ser digna de fe dicha escritura, preciso era confesar que aquella creencia tenia un fundamento sólido; pero como aquella no existe original, ni copia auténtica, sino simples traslados con todas las apariencias de supuestos por las razones que alega el P. Risco en la *España sagrada*, y por otra parte en algunas visitas antiguas, y sobre todo en el libro de Becerro del real patronato, se dice espresamente que el monasterio de Covadonga era de canónigos regulares de S. Agustin, parece fuera de duda que se debe estar á esto último.

Lo que no es tan fácil de averiguar es la época en que se verificó la secularizacion de dichos canónigos regulares. Por un arriendo de tierras de 1550 se vé que existian tres canónigos y el abad, siendo uno de aquellos el prior, circa al mismo tiempo de S. Justo de la Riera; lo que manifiesta que no residian, al menos con formalidad, en la iglesia. Ambrosio de Morales, que visitó el santuario en 1572, testifica que no habitaban en el monasterio; si bien dice que no debia de hacer mucho tiempo que le habían dejado, por no ser muy antigua alguna parte del edificio. Estas son las únicas noticias que pude hallar en el archivo hasta aquella época, pues no existe un solo documento anterior al siglo XVI: cosa estraña por cierto en un santuario cuya antigüedad es indisputable, y que sorprende no poco

de los curiosos é inteligentes que vienen á visitarle, pero que fue efecto natural del abandono del monasterio. Desamparado este por los canónigos, á causa sin duda de su pobreza, solo quedó el abad, quien por su dignidad y regalías podía proporcionarse mejores recursos y medios de subsistir. El abad residia por lo comun en su casa de la Riera, y al archivo de aquella fueron á parar todos los privilegios y documentos de la iglesia. Esto dió ocasion á estraviarse, pues habiendo pasado un abad á la corte con el objeto de confirmar los privilegios, se murió al parecer por allá ó en el camino, y de resultas se perdieron todos. Perdida grande para la iglesia, y que solo se pudiera reparar si saliesen á luz todos los escritos del archivo de Simancas. Por fortuna ya en el tomo 5 de los documentos de dicho archivo, al folio 156, aparece uno fechado en Oviedo á 8 de junio de 1270, por el que se ven confirmados los privilegios de Covadonga, por los reyes D. Fernando y doña Beatriz con sus hijos y madre del rey doña Berenguela; y ademas los cotos y donaciones hechas por sus antecesores, conminando con la ira de Dios á los que fuesen contra ellos, y multándolos en mil ducados. Tambien se halla en dicho tomo impreso, confirmado el privilegio rodado por el rey D. Alonso en Burgos á 17 de junio de 1308, y es muy creible que en la misma coleccion se encuentren otros documentos relativos á este santuario y monasterio.

Pero viniendo á los tiempos en que ya se halla razon exacta por los papeles del archivo, se sabe, como queda dicho, que á principios del siglo XVI no residian los canónigos en Covadonga. Existian tres prevendas, que mejor se pudieran llamar beneficios simples de presentacion del abad, que era quien administraba la iglesia y corria con todas sus cosas. Yo me inclino á creer que en aquella época, en que la iglesia quedó entregada casi esclusivamente á los abades, fue cuando estos pasaron á enterrarse en la cueva, y á esponerse como dice Morales, mejor que el mismo Don Pelayo, habiendo en seguida ensenado los sepulcros del claustro. Muéveme á creerlo el decir Morales que los sepulcros de arriba presentaban entonces poca antigüedad.

Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto que en el año 1635 el señor rey D. Felipe IV, á quien con razon se llama en algunas visitas restanador de la iglesia, enterado como dice en la real cédula dirigida en dicho año al obispo de Oviedo, de que "era tanta la pobreza de dicha casa, que ninguno de los canónigos reside, antes se ocupan en servir otros beneficios distantes del monasterio" hizo la agregacion de varios beneficios simples á esta iglesia, concedió dos pensiones de 500 ducados sobre las mitras de Sevilla y Oviedo, dió dinero para construirles casa de habitacion, creó dos prevendas mas, una de ellas de penitenciario, reservándose la presentacion de estas y demas canongias; y en fin puso en tono la colegiata, de modo que en el año 1650 ya habitaban sus casas los canónigos, y residian en la forma que lo hacen hoy. Su hijo el señor D. Carlos II mandó un visitador para averiguar si se habia cumplido lo dispuesto por su augusto padre, y confirmó el privilegio antiguo, por el que esta iglesia no puede ser visitada por ningun obispo, ni persona que no sea mandada espresamente por el rey. El señor D. Felipe V envió tambien visitador, y fue uno de los principales bienhechores de la iglesia, agregándole la abadía de Tuñon, que antes era dignidad de la iglesia de Oviedo, y es ahora una de sus principales rentas, concediendo ademas el privilegio de no ser comprendida, lo mismo que los lugares del coto, en el mayorazgo del príncipe de Asturias. Pero al que se portó con magnificencia verdaderamente regia con respecto á Covadonga, fue el señor D. Carlos III, dando á ello ocasion un accidente bien funesto.

Es sabido como en la mañana del 17 de octubre de

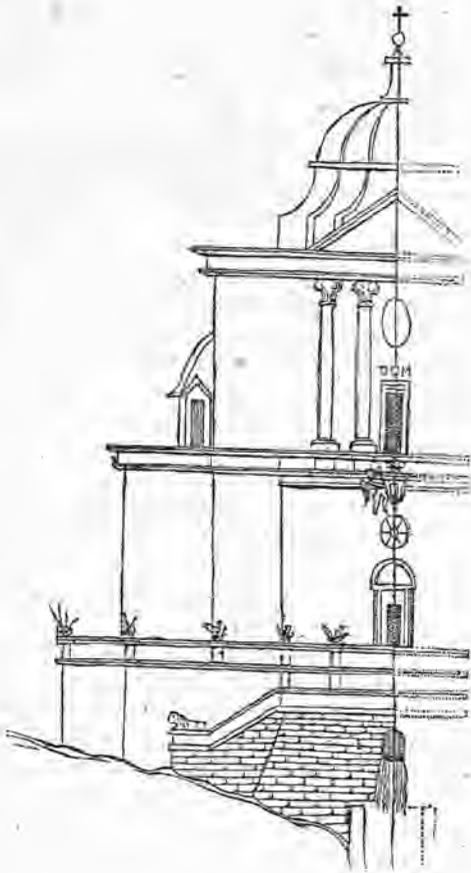
1777 apareció, sin saberse como, entregado á las llamas el santuario, sin que á pesar de las mas esquisitas diligencias se pudiese evitar el fuego. La rara construccion del templo, inaccesible por todas partes á escepcion de la entrada por la escalera, todo él de maderas encajonadas en la peña, y secas por su mucha antigüedad, y el estar ya incorporado el fuego cuando se echó de ver, que fue á las cinco de la mañana, hizo inútiles todos los esfuerzos, y en pocas horas devoró el incendio todo el edificio con sus riquezas, ornamentos y alhajas. Entre ellas habia ademas de otras de mucho valor, dos rálices donados por Felipe II, un biril guaruecido de diamantes rubies y esmeraldas por Felipe IV, una lámpara de plata por Carlos II, y un preciosísimo terno de tisú de oro por la reina Doña Barbara, mujer de Fernando VI. Un crucifijo de oro, que habia servido en el oratorio de S. Francisco de Borja, cuando era duque de Gandia, y habia sido donado á esta iglesia, fue hallado en el pozo de agua, que está debajo de la cueva, aunque bastante estropeado, y del mismo pozo se sacaron hasta seis arrobas de plata y oro.

Por la profunda sensacion que tan desgraciado accidente causó, no solo en el principado, si no en todo el reino, se puede calcular la singular veneracion y aprecio que se hacia generalmente del santuario. Al momento que se divulgó, el cabildo de Oviedo mandó uno de sus capitulares á ofrecer al de Covadonga ornamentos, vasos sagrados, dinero, y cuando estuviere en sus facultades para proveer al culto. El ayuntamiento de la misma ciudad se reunió inmediatamente, y comisionó al regidor perpetuo D. José Vicente de Omaña, para que en nombre de la ciudad de Oviedo pasase á manifestar el sentimiento causado por tanta pérdida, y ofrecer al cabildo cuantas facultades tuviese la ciudad para que pudiese seguir en la veneracion de la milagrosa protectora. Lo mismo hizo la diputacion del principado, que reunida por extraordinario, dió encargo de pasar á Covadonga á uno de sus individuos, D. Alvaro José Luelan, y acordó representar inmediatamente á S. M. como lo verificó.

Penetrado el religioso corazon del gran Carlos III de tan funesto suceso, no solo accedió á lo que pretendia el principado, que era facultad para pedir en todo el reino, sino que dando el primero el ejemplo con sus hijos, contribuyendo con una cuantiosa suma, mandó al arquitecto mayor de Madrid D. Ventura Rodriguez que pasase á Covadonga, y levantasé la planta de un edificio correspondiente á la celebridad del santuario, y que no estuviere espuesto á otro incendio, como lo ejecutó el año siguiente de 1778. En primero de febrero de 1780 presentó á S. M. el plan y dibujos del nuevo templo, valuando su coste en dos millones, trescientos veinte mil reales, para lo que se sirvió S. M. conceder los arbitrios suficientes. Consistian estos en una anual sobre las pensiones eclesiasticas que se proveyesen durante diez años, sobre la tercera parte del valor de las mitras del reino: otra sobre los beneficios simples de este obispado por el mismo tiempo; y que ademas se destinase lo que cupiese en espolios y vacantes de dicho obispado de Oviedo. Se dió principio á la obra en 1781, dirigiéndola el arquitecto de Oviedo Reguera, designado por D. Ventura Rodriguez para ejecutar su plan. Se trabajó en ella hasta el 20 de octubre de 1792 casi sin interrupcion; y despues de haberse consumido el producto de los arbitrios destinados al efecto, que ascendió á la cantidad de un millon, novecientos cincuenta y un mil, novecientos ochenta y ocho reales no se logró siquiera ver concluido el pavimento del que debia ser panteon, sobre cuya bóveda habia de levantarse el templo. Es preciso no obstante confesar que con lo trabajado se halla vencida la dificultad principal, que consistia en hallar base sobre que edificar á la inmediacion de

la cueva. Nadie hubiera creído que sobre la corriente de un río, que tal debe llamarse el torrente que se desprende de la peña, en un terreno fragosísimo, estrecho, desigual é inclinado, se pudiese proporcionar una superficie de 184 pies de longitud y 120 de latitud, sobre la que con toda seguridad debía levantarse un edificio de 96 pies de elevación. Hasta aquí el señor Pericon.

Los dibujos originales de D. Ventura Rodriguez los conserva en Oviedo el señor Escudero. Son varios de planta y alzado, dignos todos de su autor célebre hasta por la ejecución material. El alzado de la fachada principal se indica en la figura siguiente.



Parece que los canónigos preferían que se construyese el templo á la boca misma de la cueva, cual estaba el antiguo de madera que consumió el incendio. La superficie irregular del peñasco, y la poca estension de la cavidad, hubieran opuesto mil dificultades para adherir el templo, prescindiendo de las muchas que tendria esta construcción aérea á una elevación tan grande, y apoyada en un arco que arrancase de dos altos y firmes estribos, cual se proyectaba. Se dijo que el edificio de Rodriguez quizá se arruinaría por no poder resistir los choros violentos del agua, y aun las enormes piedras, que arroja en las grandes tempestades por sus agujeros y grietas la montaña que le domina. Es probable que todo lo meditase aquel hombre profundo en su arte; y no serán tan graves los riesgos pues que emprendió su obra decidido á llevarla á cabo. Sobre el basamento debía estar el cenotafio de Pelayo, que sencillo y magestuoso, ocupaba el primer cuerpo, en el segundo el templo, mas rico y exornado. Falta todo menos la gran base, que parece allí destinada por su objeto y solidez á dar

á los viajeros pensadores una prueba evidencial y perpetua del genio augusto de Carlos III y del espíritu mezquino del siglo que así abandona el venerable monumento alzado á las grandes virtudes del valor y del patriotismo.

A. J. S.

Abril de 1839.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

VI.

EL MUNDO INVISIBLE (1).

Los proteos.



El segundo encuentro de los viajeros que recorrían el mundo que mi dedo les ofrecía, tuvo lugar á poca distancia de la uña, en el sitio donde se detienen los surcos paralelos que forma la piel, y en que, siendo los poros mucho menores, se nota una superficie mas compacta.

Estos lugares estaban habitados por una población de animales en forma de langostas, y armados de uñas y de largos cuernecillos, pero eran tan pequeños estos animales que apenas cinco ó seis juntos formaban el tamaño de un volvox. Mis viajeros intentaron caer sobre ellos de sorpresa, y sofocarlos sin darles tiempo para poder servirse de sus uñas; así que eligiendo cada cual su víctima, se arrojaron todos juntos sobre ellos con la celeridad que les fue posible.

Pero cual no fue mi sorpresa, cuando vi á sus enemigos cambiar repentinamente de forma, adquiriendo un tamaño gigantesco, y aplanar con su enorme mole una multitud de volvox. Apenas tuve tiempo para observar esta singular transformación, cuando desaparecieron los elefantes, convirtiéndose en ágiles serpientes, que inmediatamente se pusieron en persecución de los volvox, con la mayor celeridad. No bien alcanzaron á los últimos, cuando ya no vi serpiente alguna, sino horribles escorpiones.

Al observar tan estrañas transformaciones, se las referí al doctor, preguntándole con impaciencia la causa de tan curioso fenómeno.

— La razón de estas transformaciones, me dijo, es y será siempre un problema para los micrógrafos. El sabio Muller que estudió muy detenidamente y por mucho tiempo estos animales, les vió engrandecerse instantáneamente, achicarse casi en un mismo momento, herizarse con agudas espinas, y tomar la forma de largos réptiles; todo esto en pocos minutos; y sin que jamás pudiera comprender la causa de estas singulares transformaciones. Tal es la descripción que de ellos hace en su interesante obra que publicó con el nombre de *Proteo*. La naturaleza que nada ha creado sin algun fin, ha tenido presente sin duda, al dar

(1) Véanse los números anteriores.

les esta estraña facultad, los terribles enemigos con quienes tendrían que combatir.

Lo mas admirable de todo, le dije yo, es que estas diversas transformaciones parecen efectuarse bajo la influencia de su voluntad: porque se convierten muy oportunamente en enormes elefantes para aplanar á sus agresores, toman la forma de serpientes para perseguirlos, y en cuanto los alcanzan se convierten en escorpiones para herirlos con mas facilidad.

— Esta opinion me parece muy dudosa, respondió el doctor, pero mejor es adoptarla que no creer que estas transformaciones se deben al simple acaso.

A pesar de todas las ventajas que llevaban los proteos á los volvox, estos últimos mas inteligentes y mas tácticos, no tardaron en obligarles á dejar el paso libre. Inútil es añadir que los volvox tuvieron un banquete espléndido con las víctimas que quedaron en el campo de batalla.

Después de muchos encarnizados combates, y de haber pasado muchos años, á lo que yo calculé, con relación á su existencia, llegaron medio muertos al borde superior de mi uña, donde estaba el cabo de su mundo, unos treinta volvox de los mas robustos.

¡Hay mas allá! debieron preguntarse mutuamente. ¿Y qué no deberíamos dar, pregunto yo tambien, por saber la respuesta que les dieron sus filósofos?

Si creerian ellos en los átomos de Aristóteles, en la materia sutil de Platon, en los torbellinos de Descartes, en la atracción de Newton, en el magnetismo universal de Murfy, ó en la expansión de Azañs; cuántas conjeturas no harían sobre lo infinito que suponen entre mis ojos y la punta de mi dedo!

LOS VORTICELAS.

Mientras se confundía mi imaginación con mil estrañas hipótesis, vi pasar por delante de mis ojos como tres barcos de vapor conmoviendo la mar con sus rápidas ruedas, y sumergiendo en las olas de espuma á mis desgraciados viajeros: estaba escrito que estos infelices no volverían á ver jamás su patria.

A no ser por mi amigo que me detuvo el brazo, mi sorpresa me hubiera hecho sacudir la mano, y aniquilar el universo que consideraba.

— ¿Qué es lo que vé V.! me preguntó.

— Barcos de vapor, respondí; y como dirigiese mi vista hácia mi dedo temiendo que se alejasen demasiado, vi la mar cubierta de una enorme sombra producida por una inmensa montaña.

— Ahora ya no veo mas que una especie de Chimborazo que todo me lo oculta.

— ¿Dónde le vé V.!

— Ahí, dije, y alargué con tal ímpetu el índice de la mano izquierda que di con la uña en la roca habriendo en ella un largo surco. En el mismo instante, vi en ella como un crater del que se lanzó un torrente de lava: el doctor dió un grito, y desapareció la montaña.

— Es V. un aturdido, me dijo el doctor, y me ha hecho V. sangre.

— ¿Cómo ha sido eso!

— Mientras yo inclinaba la cabeza para ver lo que tanta admiración le causaba á V., me ha arañado V. la nariz.

— El deplorable estado de mis ojos me habia hecho tomar por un Chimborazo la nariz de mi amigo, y por un crater que arrojaba encendida lava la leve escorchadura que le habia hecho.

Confundido de vergüenza no supe que contestar.

— Desearia saber, respondió el doctor, después de haber enjugado la gota de sangre de su nariz, quisiera saber lo que le parece á V. barcos de vapor.

— Son una especie de máquinas con ruedas que recorren mi dedo en todas direcciones con una velocidad prodigiosa, y como son transparentes distingo perfectamente las diversas piezas que las componen.

— Su imaginación de V., me dijo el micrógrafo, atribuye á estos pequeños seres una forma y funciones que en realidad no tienen porque...

— Pues no hay duda, le interrumpí, que tienen una rueda á cada lado cuyos rayos rizan el líquido como las de los barcos de vapor.

— Ya caigo, me replicó, esos son unos animales muy curiosos que Chremberg, el observador de mas paciencia, ha llamado *vorticelas rôtíferas*, á causa de las pretendidas ruedas que cree observar la vista á cada lado de su cuerpo; pero estas ruedas no son otra cosa que sus patas.

GEOGRAFÍA.

BELMEZ Y SU CASTILLO.



En tres villas que con este nombre se cuentan en Andalucía, es una la que corresponde á la provincia de Córdoba, y dista diez leguas al N. O. de su capital. Está situada en un ameno y estendido valle que corre de E. á O. y en parage llano, mas desde la misma población por la parte de N. O. se vá elevando el terreno hasta convertirse en un empinado cerro de piedra exento por todas partes, que recuerda los peñones cónicos que se encuentran frecuentemente en las llanuras de Canaan, y que Lamartine compara á un pedestal destinado por la naturaleza tan solo para tener sobre su nivelada cima una fortaleza, y que á no ser por su mole, dice este viajero distinguido, pudiera creerse que habian sido fabricados por mano de los hombres.

Esta villa es población moderna, que debió de tener principio poco después de la conquista de Córdoba, ocurrida en 1236; pero el castillo que corona su embuelto cerro y domina la villa, sino es muy antiguo pertenece cuando menos al tiempo de la dominación arábiga; porque del mismo modo que los cerros que hemos mencionado, debió de brindar desde los mas remotos tiempos á construir sobre él una fortaleza. Descúbrese esta á larga distancia, y estaba en comunicacion con el castillo de Fuente-abejuna, con el de Espiel y por medio del de Névalo situado en término de Villaviciosa, con el de Almodovar del Rio. Desde que principia á elevarse el terreno, que se convierte pronto en una mole de piedra, hasta la cima no muy llana ni de mucha estension, tiene 300 pies, y desde que se descubre el risco de piedra 218. Su única subida, aunque tortuosa y pendiente cuando se deja discurrir, no es muy molesta ni difícil. Consta la fortaleza de una torre cuadrada de 48 pies de elevación con algunas habitaciones de bóveda: un muro que se levanta al borde de la escarpada cumbre por la parte de S. E. fortalecido de tres cubos cilindricos, y por las demas ya destruido, y de algunas otras obras tan deterioradas como lo está igualmente todo lo demas. Cerca de la torre se vé la boca del aljibe, capaz, segun dicen, de unas 40,000 arrobas de agua. Los franceses que durante la guerra de la independencia repararon y guarnecieron esta fortaleza, subian hasta ella los carros de provisiones, bien que entonces tenia pretiles la senda, que ya no existen.

Este castillo debió de estar en lo antiguo guarnecido de algunas piezas de artillería, pues en la puerta del pórtico se encuentra un cañón de hierro colado de tres varas de largo, mas ancho por la boca que por la culata, fortalecido con catorce abrazaderas, que parece ser pieza de lo mejor que se fundía á fines del siglo XV ó principios del XVI.

Los franceses inutilizaron antes de marcharse de esta villa las fortificaciones por disposición del general Dronet, mas á los pocos días se les antojó á los vecinos destruir el castillo, cosa que sucedió por aquel tiempo en otras muchas partes: con el desacordado objeto de hacer desaparecer estos baluartes que, como á los franceses podían aprovechar á otros enemigos, sin considerar que las fortalezas, del mismo modo que las armas, pueden ser tan útiles como perjudiciales segun quien esté apoderado de ellas. Pero esta que nos parece tan inconsiderada determinacion, se sigue imitando hasta el presente en España, pues fueron destruidos el castillo de Guevara y el de Castellote, sin mas razon que haber sido apoyo de los rebeldes.

Habiéndose puesto en desgracia del rey D. Enrique IV el maestre de Calatrava D. Pedro Tellez Giron, este y otros caballeros trataron, para defenderse de los procedimientos que de aquel monarca temian, de hacer liga con D. Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, tío del maestre y con el rey Don Juan de Aragon, que habiendo sido despojado de las villas de Peña-fiel, Alva de Tormes y otras, pertenecientes á su patrimonio que tenia en Castilla, trataba de recobrarlas por fuerza de armas. Viendo el rey D. Enrique que el maestre con el gran poder que tenia llevaba camino de revolver el reino, se valió de su hermano D. Juan Pacheco, marqués de Villena, para que procurase reducir á su servicio al maestre. El marqués espuso al rey que su hermano temeroso de las amenazas que su S. A. ventiera solo habia tratado de defender su persona y estados, para lo cual habia hecho grandes gastos en fortalecer y abastecer sus castillos, y que por tanto recompensándole con algunos vasallos del patrimonio real, él trataria de reducirlo á su servicio. El rey por asegurar sus negocios, prometió darle cierto número de vasallos, y con esto el marqués consiguió la reduccion del maestre. Vuelto al servicio del rey, le dió este por juro de heredad para él y sus sucesores la villa y castillo de Moron, y los lugares de Fuente-abejuna y Belmez, de que tomó posesion. Pasados algunos dias en un capitulo que celebró la orden, trató el maestre con los caballeros, que le diesen las villas de Osuna y Cazalla por Fuente-abejuna y Belmez, porque estas villas le venian mejor para juntarlas con la de Moron, y dejarlas vinculadas en su mayorazgo: hubo diversos votos en el capitulo; mas el maestre supo reducirlos, y les hizo consentir en esta permuta, aunque era muy notorio el agravio, y enorme el daño que resultaba á la orden por ser mayores y mejores los pueblos que daba que los que recibia. Sin embargo de todo se hizo informacion para enviarla á Roma, en que se probaba ser útil el cambio á la orden, y así dió facultad el pontífice para que se efectuase. Para mayor firmeza de este, renunció el maestre los lugares de Fuente-abejuna y Belmez en el rey D. Enrique, de quien los habia recibido: este los dió luego á D. Juan Pacheco, marqués de Villena, y con él se celebró el contrato. Córdoba llevó muy á mal esta donacion, y así espidió el rey una cédula en 1464 para que esta ciudad tuviese por bien la merced hecha á D. Pedro Giron, lo que sin duda hacia el rey á instancia del maestre para mayor seguridad de su adquisicion.

El valle en que está asentada esta villa es uno de los mas ricos en minerales que se encuentran en Sierra Morena. Cúmpelo al S. la cadena central, y al N. el estrivo que separa las aguas de los rios Guzná y Gudiato, cuyas mon-

tañas estan formadas por lo comun de esquistos arcillosos. Los cerros céntricos mas notables, en cuya composicion abunda la caliza compacta, son la sierra llamada de Palacios, el cerro de Belmez y señaladamente el que se eleva al frente de Espiel en que estuvo situado su castillo. Cruzan las montañas de este valle filones de hierro, cobre, y galenas argentíferas; pero lo que llama en él la atencion especialmente es un gran depósito de carbon mineral, perteneciente á la formacion del Zechstein, y areniscas abigarradas, que se estiende como unas diez leguas desde cerca de Obejo hasta casi Fuente-abejuna. De los ensayos que se han hecho de varias capas resulta hacer menos ceniza el carbon que se encuentra cerca de Espiel y mas gradualmente el de la aldea de Peñaroya y Belmez.

Desde el año 1770 á 79 se hicieron labores de beneficio; mas este último año se dejó de trabajar habiendo habido antes algunas interrupciones, y las mamposterias y enmaderamientos fueron destruidos por la gente del país. Las labores de socabones y calicatas hechas en aquella época produjeron la cantidad de 42,748 arrobas de carbon que llegaron á costar en Almaden 3 reales y $\frac{1}{2}$ cada una.

Habiendo descubierto estas minas en el arroyo de Hontanilla cerca de Peña Royá D. José Simon de Lillo, las denunció en 16 de junio de 1788. Empezó á laborarlas en 1790 el maestro alemán Kilman y otros, y en 1793 habian ascendido los gastos á 43,366 reales. El carbon menudo se vendia al pie del criadero á real la arroba; el grueso se conducia al cerro de San Teodoro para uso de la bomba de vapor. Estas minas pertenecen á la hacienda nacional, mas no se benefician ni es fácil que llegue este caso, como seria de desear, á causa de no tener la provincia suficiente consumo de este combustible, y de ser costosa su conduccion á los puntos donde pudiera tener despacho.

L. M. RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

VIAJE DE CÁDIZ A SEVILLA.



oy se hace con gran velocidad y cómodamente en los barcos de vapor, siendo muy grato por la multitud de objetos que se hallan en él. El primero es la magnífica Cádiz, la magestuosa y pintoresca ciudad que parece una nave sobre las aguas, que si bien es lindísima en su interior, cual ninguna quizás, no lo es menos en su exterior, sirviéndole como de adorno la anchurosa bahía, desde la que se divisan á flor de agua las poblaciones de S. Fernando, Puerto de Santa María, Rota, Puerto Real, el Arsenal de la Carraca, y el Caño del Trocadero con sus arruinados almacenes; y al lejos Medina Sidonia y Chiclana. Doblada la punta de Candor desaparece este panorama gracioso, y lo primero que se halla á cuatro leguas escasas de Cádiz es el ex-convento de Regla y la villa de Chipiona, que aunque pueblo pequeño, por estar como aquel situado á la orilla del mar y rodeado de campo, es halagüeño. No así Sanlúcar, á $7\frac{1}{2}$ le-

guas del emporio gaditano, porque por esta parte, á causa de hallarse bastante retirada de la playa, resulta triste, sin serlo interiormente, y porque el caserío por allí es muy feo y sucio.

En seguida está Bonanza, cuyos edificios modernos, que son la aduana y casas para sus empleados (hoy sin uso) son bonitos; pero por haberse fabricado á destajo son de poca duración, y por esa causa se arruinó la iglesia en los temporales de 1838. Lastima dá que el muelle de cantería, tan moderno como los demas edificios, esté tan deteriorado. En aquel sitio se halla tambien la antigua posada, que lleva el nombre del mismo punto, que es una rotonda. Inmediato á la posada es el lugar donde paran todos los carruages que conducen los pasajeros al vapor; y la diversidad de ellos, su carrera yente y viniente por la playa, así como la concurrencia de las personas para el embarque y desembarque y los distintos buques surtos en el río, hacen un vistoso cuadro que divierte á los pasajeros, y sirviendo como de respiro este corto tiempo de anclaje al que estuvo mareado; pues debemos advertir que aquí siempre dá fondo el vapor tanto para recibir, cuanto para dejar pasajeros.

Este principio del río, llamado el Tablazo, es el mas ancho y menos ameno, pues al lado del norte, ó sea su izquierda, solo se halla el coto nombrado de doña Ana.

Luego que se han andado dos leguas poco mas ó menos, empiezan á ser las vistas mas interesantes á causa de que en las orillas del agua se encuentran piaras de diferentes clases de ganado que pastan en aquellas vastas dehesas.

A tres leguas de Santúcar está el sitio conocido por el Puntal, en el que empieza al Norte la isla mayor, la cual concluye en el canal Ferdinandino. Al Este, en lo interior, y frente á la isla, se ven las villas de Trochijena, Lebreja y las Cabezas de S. Juan. Al hallarse el barco paralelo con este pueblo dá principio al N. O. la isla menor, que concluye despues de pasado dicho canal. Este, llamado vulgarmente la Corta, se abrió hace muchos años para abreviar el camino, y ahorra sobre cuatro leguas.

Son infinitos los plantíos de árboles que se encuentran desde mas allá del centro del Betis, especialmente de naranjos, tan espesos que son unos verdaderos bosques; tan deliciosos, que embetesan al pasajero; pero lo que mas agrada es ver salir de entre ellos las personas que siempre se presentan á la orilla á mirar los vapores; siendo muchas las que transitan por allí ya á pie, ya en bestias, y ya conduciendo sus ganados vacuno, caballo ó lanar que tanto abunda por ambos lados del río.

Parte de la isla mayor es propiedad de los dueños del vapor Coriano, en la cual hay una magnífica hacienda titulada la Abundancia, con su buen caserío y chozas. La isla menor lo es de la compañía del Guadalquivir, con casa, capilla, jardines, arboledas, plantío de tabaco, y una máquina de vapor que conduce el agua del río. Regularmente desde este punto es cuando empieza á divisarse la Giralda, aunque con trabajo, y se regocija el pasajero calculando que dentro de poco terminará su viaje, desde allí divertidísimo hasta llegar á la capital de Andalucía.

A cinco millas del canal y $3\frac{1}{2}$ leguas de Sevilla, se encuentra el primero de los cuatro pueblos que están colocados á la orilla izquierda del río. Este es la Puebla; se halla sobre un pequeño y bajo cerro: su situación la hace bastante pintoresco, así por la inmediación al agua, cuanto por dos casitas en primer término, y un bosque de diferentes árboles y de bastante estension que la embellecen mucho.

Sigue Coria á una milla de distancia, lamiendo el río; está en un llano bastante heno, y es muy vistoso.

Gelves se encuentra á legua y media entec no arboleda bien repartidos. El conjunto es sorprendente.

Entre cada uno de estos pueblos, y el siguiente, se

hallan en las orillas unas nozias rústicas sumamente ligeras y graciosas.

El último de dichos cuatro pueblos es S. Juan de Alfaraache (conocido por de Alfaraache) á la distancia de media legua de Gelves. Está construido en un cerro, en cuya altura se halla el convento, y aquel defendido por un antiquísimo muro de figura circular. Es villa sumamente vistosa por su situación y campiña, en razon á que desde el agua hasta la cima del monte está todo plantado de árboles y sembrado de hortalizas y semillas de un modo raro, puesto que la mayor parte del terreno es una verdadera escalinata, tambien circular, de suerte que parece imposible pueda sembrarse en esta clase de terreno con tanta igualdad; así es, que se presentan los árboles como si fuesen subiendo los escalones. Pocas vistas son tan agradables como la de dicha población.

Divertidísimo es este tránsito por el río, y alegre al navegante; pero la alegría se aumenta extraordinariamente considerando que al cabo de media hora ya ha terminado el viaje en la encantadora Sevilla. El que por primera vez descubre el torno de las delicias debe observar ante todo su lindo templete chinesco que contiene la máquina que estrae el agua del río para riego de este verdadero delicioso paseo, y se enagenará de placer dirigiendo su vista desde allí hasta mas allá del puente. Todo es grande: todo pintoresco: verdaderamente perspectivo. Se descubre primeramente ese famoso plantel donde se encuentran los árboles tan unidos que no distan media vara de tronco á tronco en los mas de los sitios, el cual, dividido por variadas, largas y alineadas calles, facilitan el paso entre tanta multitud de flores, especialmente rosas, que se pueden segar, y dirigen al paseante casi sin querer al templete, á la casa, al estanque, y á la antigua fuente del abanico. Surcar el Betis por esta parte con la velocidad que se marcha en los vapores casi no dá tiempo á mirar tanta cosa como se presenta á la vista; qué aspecto tan grandioso y pintoresco nos representa la magnífica fábrica de tabaco, la torre del Oro, el colegio de San Telmo, la bellissima Cristina, la ciudad con su gran catedral y altísima giralda, todo al Este, y al Oeste el barrio de Triana, y como cerrando el paso, el antiguo puente de barcas! Estas dos orillas del Guadalquivir tan distintas y tan vistosas; la variedad de carruages que transitan por la de Sevilla; las prensas oprimiendo los fardos de lina; la carga y alijo de los buques, y últimamente la multitud de gente que se agolpa á las barandillas de los muelles ó desembarcadero de los vapores hacen una vista tan variada y divertida que estasia al que llega á la celebrada Iliberia.

La primera vez que se entra por sus angostas y tortuosas calles, por ese gran laberinto, no agrada, y hasta disgusta porque no se encuentra la regularidad, la blancura, la belleza de las casas, plazas y calles de Cadiz, aquel conjunto tan grandioso que la hacen conocida por una taza de plata; pero al cabo de unos dias ya gusta, pues se goza de lleno de sus magníficos paseos: se admira su grande y gótica catedral y tanto edificio sobresaliente; se recrea la vista con tanta infinidad de pinturas tan soberbias como encierra aquella vasta ciudad, y se contempla tanta escultura sagrada como se espone en las calles á la veneracion de los fieles en las hermosas procesiones de semana santa, que las nombran las cofradías.

La posición de Sevilla en un llano la hace mas pintoresca, pues desde la Giralda se descubre no solo toda su campiña, sino una multitud extraordinaria de pueblos. Entre ellos se ven las ruinas de la antigua Itálica, contiguas á Santi Ponce, y no podemos pasarlas en silencio. Si el forastero se alegra al llegar á la ciudad conquistada por el santo rey, recordando aquellas glorias de su nacion y las proezas de tantos capitanes ilustres, al ver á Itálica se entristece

considerando lo poco que apreciamos las antigüedades de ella que á toda costa debieron conservarse. ¿Qué hallamos pues en aquel sitio, tan célebre en otro tiempo? Lo primero un resto de rico pavimento mosaico, que cercado por tapias, hasta ahora poco ha servido para guardar cabras. El circo donde lidiaban los gladiadores y fieras (de figura elipsis), tan destruido, que apenas se conocen sus gradas, y sus cuevas pueden llamarse intransitables. Los baños, que tambien estan destruidos; ¿y qué mas? Fragmentos.

Nos alegramos haber visitado este sitio por tener el gusto de sentarnos donde los romanos se juntaban á divertirse con un espectáculo de sangre cual nosotros en una corrida de toros; por lo demás lo sentimos, pues no podiamos imaginarnos que se dejase desbaratar tan barbaramente unos monumentos, que el conservarlos nos hubieran dado honor, y un lugar muy preferente entre los hechos dignos de anotarse en la historia con letras de oro.

Concluimos, pues, rogando á los amantes de las artes que visiten á Sevilla con detención y ojo observador, que si bien encontrarán cosas que les choquen, tambien estamos seguros que las mas les agradarán con extremo, porque hay mucho que admirar.

J. J. M.

DANIEL EL ASTRÓLOGO.

... *Oratissimus augur;*
sed non augurio potuit depellere pestem.
Vno.

De luenga barba y reducida frente,
que roja tela en derredor circuada,
con garzos ojos de mirar ardiente
y saña trenebuada,
vive Daniel, astrólogo sapiente,
en una edionda habitacion profunda
do conducen de frágiles tablonces
ciento dos escalones.

Es fama que una sierpe venenosa
ha poco tiempo le abortára al mundo,
y en la corte lanzóle esplendorosa
de D. Juan el Segundo.
Dióle el cielo la fuerza poderosa
de convocar desde su centro inundo
á los precitos, y en sus hombros laicos
recorrer los espacios.

Quando en el orco el alba purpurina
la sombra melancólica sepulta,
siempre le halla en la estancia clandestina
do los astros consulta.
En inmenso sillón mustio se inclina,
verde capucha su semblante oculta:

oro promete al pobre, al rico honores,
y gloria á los cantores.

Si tal vez extraviado caminante,
cuando la luna en el cenit desmaya,
pasa junto á la torre culminante
donde su ciencia ensaya,
verá acercarse en carros de diamante
las marinas deidades á la playa,
á dejar en sus areas colosales
sus perlas y corales.

Y el misterioso *abracadabra* acaso
oirá emitido de su labio enjuto
el celeste dosel de oriente á ocaso
cubrir de negro luto.
Y de la luna al resplandor escaso,
dando á sus artes mágicas tributo,
cruzar verá por las eternas salas,
grifos de rojas alas.

Tal vez sobre ellos con tenaz constancia
cabalga con furor y al alto asciende,
ó de los astros en oculta estancia
los secretos sorprende.
Y tal ora con atenta vijilancia
futuros hechos indagar pretende,
y de Sirio y Pelion que tibio luce
horóscopos deduce.

Sobre su mesa en confusion estraña
Zoroastres yace en plácido reposo,
con Tolomeo, y el honor de España
Avicena famoso.
Y con el talisman que le acompaña
hiriéndolos de modo misterioso,
traza rumbos y mágicos emblemas,
y pronuncia anatemas.

Diz que una noche (para el mundo aciaga,
pues que de ser privóle tan sapiente)
á la hora misma en que la luna apaga
su luz en occidente,
cuando observando las estrellas vaga
por enmedio del campo floreciente,
mirando al cielo, de su afán testigo,
dió en un pozo consigo.

Beló á su aspecto la triforme diosa
la faz en nubes, y con altos gritos
en la infernal mansion cantó espantosa
la turba de precitos.
Y la luna cercando ponzoñosa
do muerte halló, con giros infinitos,
diendes y trasgos, su cadáver feo
llevaron al Leteo.

Fue desgracia por Dios, que el que valiente
hasta los cielos ascender queria,
ni aun tenerse pudiera firmemente
sobre la tierra fria.
Y fué desgracia que el que ansió ferviente
purificar su altiva fantasia,
de sucio pozo entre la basca impura
hallase sepultura.

E. G. PEDROSO.